

Creació Literària

CARMEN OCHOA BRAVO*

Quando la memoria llueve

Se despierta sobresaltada de un sueño inquieto. Abre los ojos y siente esa cotidiana molestia en el estómago. Hace años, cinco, que la acompaña y a veces no la deja respirar, ni pensar. Pero hoy tiene cosas que hacer. Suspira fuerte como para llenarse los pulmones de aire y tener aliento para levantarse. Es un día lluvioso de final de septiembre. Se siente la humedad en el aire. Mira a su lado al hijo que duerme con la boca abierta y la cara plácida. Le llama suavemente, le acaricia la frente y la mejilla, le zarandea un poquito y Pablo comienza a moverse y quejarse. Se rebulle en la cama y se tapa la cabeza con el embozo de la sábana. Es un juego. La madre sonríe y lo destapa. Se levantan y se frotan con las manos para evitar un escalofrío al abandonar el calor de la cama. Tienen tiempo suficiente pero no pueden retrasarse. La ropa está preparada desde anoche, ella la dobl  cuidadosamente en la silla y Pablo no entiende por qué se pone el traje de los domingos, negro, ni los zapatos de cartón de Segarra que le acaban de comprar y le molestan.  l querría sus alpargatas de todos los días, su pantalón atado con la cinta, pero no discute. Nunca discute, siempre obedece. Luisa se pone una bata, se la abrocha por atrás y van a la cocina donde se sientan en el banco corrido de madera que está detrás de la mesa. El niño se bebe un tazón de leche con sopas de pan y baja a la calle. Se sienta en el borde del escalón del portón, a esperar, como le han dicho. Con un palito comienza a dibujar en la tierra caminos que luego borra con la suela de la bota.

Luisa se sirve también un poco de leche en el mismo tazón de su hijo. La toma despacio, a pequeños sorbos. Permanece unos momentos quieta, fija, bebiendo. Mira el viejo calendario de la pared y la estampa de San Pancracio, descoloridos. Oye los pasos de la abuela por el pasillo, se nota que le cuesta moverse, está gorda, muy gorda. Hace años que no sale de casa, seis, desde que mataron al abuelo y desde entonces también ella va de negro. Pero es  gil. Al entrar lleva los brazos en alto retorciéndose el pelo para hacerse el mo o bajo

* Escritora. Profesora de literatura del I.E.S. Giner de los Ríos. Alcobendas (Madrid).

que sujetará con unas horquillas que trae en la boca. Aviva el fuego de la cocina y acerca una olla que dejó preparada por la noche, así se va haciendo la comida lentamente, a lo largo del día. Le pregunta a Luisa si lo tiene todo preparado. Pero no, la hija ha calculado el tiempo y no se mueve de prisa, con sus pocas fuerzas tiene que concentrarse en lo que hace. Los recuerdos la llevan, no pocas veces, a quedarse ensimismada y con ganas de llorar.

Luisa se levanta y al salir de la cocina mira hacia atrás y ve a su madre llenando la jofaina para lavarse, ya se ha bajado el vestido y dejado al descubierto sus carnes blancas y grasas, aún tersas, tirantes como la piel de un odre, pero más suaves. Siempre la ha respetado y querido porque siempre ha sido una mujer callada y justa. Entorna la puerta despacio.

Se dirige al sobrado y se da cuenta de que la gatera de la puerta necesita un arreglo. Las escaleras son altas y empinadas, de madera crujiente. En cada escalón, pegado a la pared, están las patatas de uso, los huevos del día y otras cestas vacías, pero antes... antes sí que estaban llenas. Sacude la cabeza y no quiere pensar. Pero no puede evitar sentir cómo subió por este mismo sitio con Vicente, tentándose, acariciándose, las manos, ciegas, buscando recorrer el cuerpo amado, abarcarlo, cada vez más dentro, besándose sin poder casi respirar, las bocas que, de tan abiertas, se podían romper, empujándose en el rincón, deseándose. Y ya está. Ya nunca más. No con él. No aquí. Vuelve a pasarse la mano por la frente como quien quiere expulsar un mal pensamiento. Luisa sigue subiendo y se quiere concentrar en lo que busca. El sobrado es grande y allí se han acumulado las miserias de varias vidas. Nada sirve. Antes estaba lleno de chorizos, jamones, pimientos secos y un olor que lo impregnaba todo. Daba gusto echarse en los montones de trigo limpio y levantar los granos con las manos por el aire para dejarlos caer. Ahora ya no. Ya no hay. Levanta unos trastos, pero no está allí. Se sacude las manos en la falda, menos mal que todavía no se puso el vestido negro. Retira unos sacos, sabe que debe estar por este sitio. Y en el fondo, detrás de una silla desvencijada, de una artesa rota y de un cedazo abierto está la maleta. Le cuesta retirar los cachivaches pero por fin llega a ella. La coge, sopla el polvo, la limpia un poco, lo más gordo con un trapo y un poco más con su falda. Allí está, en buen estado, como ella ya sabía. Total, se compró para su boda, para cuando bajaron a la ciudad a pasar dos días, en la pensión. Y luego sólo la usó la prima Inmaculada, también cuando se casó. No podía estar mal. La observa, la levanta y le da vueltas. Es de cartón marrón, con una rayas muy bonitas que la cruzan. El asa es resistente, tira un poco de ella para comprobarlo. Repasa los cierres metálicos y uno parece que se suelta un poco. No importa, se ata con una cuerda y ya está. Ahora la mira con otros ojos anteriores, cuando fue a la tienda de Don Alfonso con Vicente a comprarla y la ilusión y la indecisión y abrirla y cerrarla. Y luego en casa llenándola: el camión tan blanco, tan suave, bordado por ella y su madre en las tardes de verano, sentadas en la solana, después de las faenas. La blusa y la falda nueva y los za-

patos, sus primeros zapatos. Y sonríe despacio porque la maleta quedó medio vacía aunque Vicente también guardó allí su muda y su camisa limpia. Y luego en la habitación, cambiarse de ropa y la vergüenza, vuélvete hacia la ventana, no mires, aunque en el fondo estaba deseando ser mirada por sus ojos.

Comienza a bajar las escaleras con su maleta en la mano aunque debe dejarla en el suelo para volver y descolgar uno de los pocos chorizos que aún quedan en el techo. La abuela quiere que se lo lleve para ayudarse en los primeros días. Lo poco que tiene se lo quiere dar, después de todo es su madre. Al pasar por la cocina entra para enseñarle la maleta. La colocan en la mesa, la abren para ver el interior. Está limpia y aún tiene aquellas cintas tan bonitas para sujetar la ropa. Se quedan las dos mujeres mirando, paradas, las dos deben pensar lo mismo porque al mismo tiempo la cierran. Nunca ha habido un reproche entre ellas porque se saben inocentes pero también se sienten prisioneras de la memoria. Por eso tampoco puede ella quedarse allí. La madre le recuerda que coja las pastas que le ha preparado, también le envolverá un poco de pan y queso para que lo tomen durante el viaje.

Luisa apoya la maleta en una silla de su cuarto, justo debajo del cuadro de Santa Lucía con los ojos en una bandeja, que tanto miedo le daba en las noches intranquilas de su infancia. Abre el armario y dobla lentamente su ropa, repasa y dada la vuelta tantas veces que hasta ha perdido su color original, los zapatos de la boda y el camisón, aunque lo piensa mejor y este lo devuelve a su sitio, ahora es demasiado triste. Luego guarda el abrigo que le ha hecho a su hijo con el uniforme de gala de su padre y la camisa y el pantalón que también ha arreglado ella. Cómo la conquistó Vicente cuando lo vio con aquel uniforme y los mostachos y el tricornio, tan marcial, tan elegante, tan hablador. A su padre nunca le agradó. Charlatán y fanfarrón, decía, hombre de poco fiar, no son buenos los uniformes, nunca los ha habido en mi casa, ni me ha gustado para lo que se usan y siempre andaba refunfuñando, yo, anarquista y mi hija... mira que fijarse en ése. Pero aunque a su padre no le gustara, ese hombre la sacaría del pueblo, la protegería, si no, qué futuro podía esperar ella entre aquellas cuatro casas. Era tan impetuoso, la deseaba tanto, la miraba tan adentro que no dudó. Fue su decisión más importante porque en ella le iba la vida. Su madre no decía nada, la ayudó a coser, a preparar las cosas y a intentar callar las discusiones que nacían en la mesa cuando comían todos juntos los domingos.

La foto de la boda y aquella que les hizo un fotógrafo ambulante por las calles de la ciudad, cogidos del brazo, tan felices, son las dos únicas imágenes que le quedan de él. Las mira sentada en la cama, la espalda erguida y las deja caer sobre el regazo. Cómo podía ella imaginar en aquel momento, tan lejano y radiante, la vida terrible que se avecinaba, que estaba sobre sus cabezas como una mala tormenta y se llevaría por delante a su padre, a su marido. Y cómo olvidar aquella negra noche y la intuición y luego la certeza de saber, antes de que la llamaran al cuartel para comunicárselo, que Vicente ya no volvería más. El fren-

te no estaba lejos, a veces incluso oían su ruido y hacía una semana que no tenía noticias suyas. Cuando volvió a su casa, andando deprisa con la cabeza baja, comenzó a pasarse las manos por el cuerpo, con fuerza, para alisarlo, una y otra vez, una y otra vez, balanceando su cuerpo hacia delante y hacia atrás. No lloraba, sólo ese movimiento mecánico, los ojos fijos y abiertos. Sentía que así acababa su obsesión, que podría mirar a su madre, pensar en su padre otra vez, pero también le arrancaban y la vaciaban desde dentro con esta ausencia ya definitiva. Hubiera querido terminar con todo, y sólo aquel trozo de carne, que no paraba de llorar, siempre con hambre porque su pecho estaba seco, la ataba, aún sin ella querer, con una obligación que le daba arcadas. Y ahora oía a Pablo gritar abajo a un perro. Era un niño menudo y enclenque, bajo para su edad, mal alimentado y enfermizo, sin futuro. También se iba por eso. Metió las fotografías cubiertas con una rebeca para que no se estropearan. Y se puso de nuevo en movimiento.

Ya estaba todo. En un rincón de la maleta los chorizos, bien envueltos, para que no dieran olor, junto con las pastas. La abuela se encargaría de enviarle a Madrid la Singer cuando ella se acomodara en la habitación con derecho a cocina que unos antiguos vecinos, que ya vivían allí, le habían buscado. Se la habían concedido como viuda de guerra, para que se ganara la vida honradamente porque la pensión no daba para nada, pero tuvo que rellenar muchos papeles, tampoco fue tan fácil, no. Encontraría trabajos para coser, lo hacía bien y podría sobrevivir con lo que sacara. Aquí sólo conseguía algún encargo de vez en cuando que no iba a ningún sitio. De su hijo se ocuparían en el Colegio de huérfanos, allí estudiaría y, por lo menos, comería siempre. Y ella lo podría ver cada semana, el domingo, irían al Retiro, le han dicho que es grande y muy bonito, a pasear, que es gratis.

Se asomó a la ventana y llamó a Pablo. Se tenían que despedir de la abuela, y bajar al empalme del camino con la carretera donde subirían al autobús que los llevaría a Puente y por fin, en «La Veloz» irían hasta Madrid. Las dos mujeres se dieron un abrazo pero no se dijeron nada. No querían creer lo que la gente murmuraba, necesitaban no creerlo para vivir, pero siempre que se miraban lo sentían. Por eso Luisa no podía quedarse allí, en la casa de su madre. Los dos anduvieron lentamente, con la maleta, hasta que dieron la vuelta al recodo y desaparecieron de la vista de la abuela que los miraba desde la puerta de la casa.

Esperaron mucho tiempo, porque el autobús nunca llegaba puntual, siempre pasaba algo que hacía el trayecto más penoso. Comenzaba a llover y el cielo se iba cerrando sobre sus cabezas. Se resguardaron en una choza de pastores desde la que veían la carretera de tierra. Ella se quitó el pañuelo negro que llevaba al cuello y se lo puso en la cabeza, atado bajo la barbilla. Los dos tan de negro, tan de luto, tan pequeños, tan solos en medio del campo.

Subieron la maleta en la baca, con muchos otros bultos que ya iban atados y

ellos se acomodaron casi al final del pasillo. Luisa temió que Pablo se mareara y lo sentó al lado de la ventana tapándole el estómago con su rebeca para evitarlo. Ahora el trayecto era corto, mucho peor era luego hasta Madrid, por las curvas y el balanceo del coche. Cuando llegaron a Puente ya llovía más fuerte, pero allí, como ya llegaban tan tarde no tuvieron que esperar mucho. En realidad, «La Veloz» ya estaba cargada hasta los topes. El conductor cogió su maleta y la colocó arriba del todo, encima de una imposible pirámide de cestos, cajas y maletas. Ella vigiló que la atara bien para que no se perdiera por el camino. Y luego subió con Pablo a sus asientos.

Era un viaje largo y la lluvia arreciaba, había oscurecido tanto que parecía que en cualquier momento se haría de noche. Luisa vio el reflejo de su rostro en la ventanilla. Aún era joven y guapa aunque ella nunca se sentía así. Y sin quererlo comenzó a llorar, sin ruido, mansamente. Antes, el llanto la obligaba a encerrarse en su cuarto, a golpearse la cabeza con la cama, a sujetarse el pecho de tanto dolor como sentía, a recogerse sobre ella misma, a retorcerse las manos y taparse la boca para que Pablo y su madre no la oyeran. Ahora es así, suave y sin movimiento. Ella no quería reconocer lo que sabía.

Fue Vicente. No podía ser de otra manera. Quién sino él podía haberlo denunciado tan pronto. Eran las primeras horas de aquellos largos años cuando vinieron a buscar a su padre. Ni imaginaron que aquella misma noche, allí a la salida del pueblo, dejarían su cadáver junto con tres hombres más. Él no lo mató, se repite Luisa como una letanía. Y nadie dijo nada. Pero Vicente nunca la miró ya hasta el fondo, nunca como antes y las manos de ella cayeron como sarmientos cuando alguna noche entró en su cuerpo aún buscándola porque era su marido, el padre del hijo que venía. El día después del entierro del padre, la sacó del pueblo pero no fue como ella había siempre imaginado. La guerra los llevó a Toledo. Y nunca hablaron, no les dio tiempo, nunca aclararon las incertidumbres, sólo había tiempo para sobrevivir.

Cuando Vicente murió en el frente fue la abuela la que se encargó de buscarlos, a ella y a su hijo, enfermos de tanta necesidad de comida, de cariño, de compañía, de protección. Ella fue la que, poco a poco, devolvió la cordura a sus ojos extraviados y cuidó de su nieto, del hijo de aquel guardia civil, fanfarrón y charlatán, del que Luisa se había enamorado.

Y ahora sus lágrimas arrecian como la lluvia que, cada vez con más fuerza, sigue cayendo. Ahora ella quiere comenzar el olvido, aún tiene una vida y no quiere sentir, a pesar de todo, todavía, escalofríos en los riñones cuando piensa en aquella boca ávida, llena de besos. El olvido es un arte, es fuerza y constancia, es desterrar del pensamiento cada vez, cada vez, lo que hace daño. No dejar que entre, por ningún resquicio, ni una imagen, ni una palabra, ni un recuerdo, ni un sentimiento. Ella sabe que el tiempo salva, también hunde, pero a veces, salva. En algún momento podrá mirar y repensar lo que ha vivido. Ahora no, ahora se tiene que concentrar en no sufrir. Se siente una funámbula, con el

alambre delante, haciendo equilibrios con las manos para no caer a los lados oscuros y profundos en los que, seguro, se perdería. Es la última vez que se permite llorar por su vida pasada, por su vacío, por su inocencia, por él. Seguirá adelante con la cabeza alta, mirando al frente, para no caer. Pablo la necesita o ella lo necesita a él, le da igual. Pero tiene una razón. Saca un pañuelo y se limpia los ojos y la nariz y con la mano se arregla un poco el pelo.

Ya están llegando a los arrabales de Madrid. Pega su cara a la ventanilla y le señala a su hijo lo que van viendo. Parece una ciudad triste y sucia, con gente que mira tristemente a los viajeros. Las farolas están encendidas y en su haz de luz las gotas de la lluvia se perfilan nítidamente. Ya han llegado a la plaza donde paran los autobuses y después de varios frenazos la gente comienza a descender. Luisa ayuda a bajar a Pablo, lo coloca bajo el dintel de una puerta para que no se moje y le dice que no se mueva. El niño, un tanto asustado, no pierde de vista a su madre que se acerca de nuevo al autobús a recoger su maleta. El conductor sube a la baca por la escalerilla trasera y comienza a soltar algunos bultos. Se acerca a una caja, la levanta por la cuerda que la cierra. Está chorreando. Luisa mira desolada las manos del conductor, el agua que cae de aquel paquete. Luego quiere bajar otros bultos. Pero todo está desmoronándose. La gente está arremolinada y comienza a protestar. Ahora es su maleta la que intenta acercarle cogiéndola del asa. El hombre ve perplejo como se queda con el asa en la mano y el resto cae formando una masa informe. Allí en el suelo está el chorizo y los pantalones y la rebeca protegiendo las fotos reblandecidas. Otro viajero intenta ayudarla a recoger su equipaje, antes ordenado y limpio. No hay manera. Luisa no va a llorar, sólo es ropa y recuerdos, no va a llorar porque ya lo había decidido. Aprieta los labios, se agacha y extiende el abrigo de su hijo en el suelo, echa todo el amasijo de comida y ropa encima y lo recoge como un hatillo. Le da a Pablo la mano y ante la mirada compasiva de unos e indiferente de otros se dirige hacia su vida sin mirar a los lados ni, por supuesto, para atrás.